



“Que vean vuestras buenas obras y den gloria a Dios”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 2, 1-10

Yo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino, como está escrito: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.» Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu. El Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.

Salmo

Sal 118, 99-100. 101-102. 103-104 R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus leyes. R.

Aparto mí pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra;
no me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido. R.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca!
Considero tus decretos,
y odio el camino de la mentira. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celémín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa. Alumbré así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Vuestra fe se apoye en el poder de Dios

En esta lectura Pablo nos enseña cual es la verdadera sabiduría. La teología de la cruz, a la que acaba de referirse como clave interpretativa de los planes salvadores de Dios, afirma que en Cristo paciente, crucificado y muerto radica la fuerza y la sabiduría de Dios. Afirma que los humanamente insignificantes han sido escogidos por Dios para confundir a los fuertes y sabios de este mundo. Una peculiar sabiduría que hunde sus raíces en Dios y que es, por tanto, única, profunda, misteriosa. Pablo la identifica con Cristo mismo en el misterio de la cruz. Salva, en cambio, la misteriosa sabiduría de la cruz. Locura de la cruz -la llama Pablo—porque en ella se hace presente toda la impotencia a la que Dios se ha entregado, toda la profundidad y la angustia a la que ha llegado su amor. En ella Dios ha abierto un camino de salvación que contradice radicalmente la aspiración del hombre a realizarse como tal sólo en el horizonte de una orgullosa autosuficiencia. La cruz es nuestra sabiduría, por eso no podemos apoyarnos en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. Y esto mediante el poder del Espíritu Santo.

Hemos recibido el Espíritu que viene de Dios para que conozcamos lo que Dios nos ha dado. Todo, pues, procede del Espíritu, tanto el correcto conocimiento de las cosas de Dios como las palabras adecuadas para expresar dicho conocimiento. Demos gracias a Dios que

por medio de su Espíritu nos concede esta sabiduría. Que sólo desde la cruz, podemos entender y comprender nuestra salvación. No la dejemos escapar de nuestras manos.

Vosotros sois la luz del mundo

Las dos comparaciones de la sal y la luz, forman parte del exordio del sermón de la montaña y están muy relacionadas con la última bienaventuranza. La imagen de la sal como conservante para los alimentos y para dar sabor. Esta imagen de ser sal que dirige Jesús a sus discípulos, era porque estaban llamados a aportar al mundo la novedad del evangelio, algo que el mundo no posee, pero ellos sí. Para Mateo ser luz consiste, ante todo, en practicar las buenas obras para que todos los hombres den gloria a Dios. Los discípulos son invitados a ser fermento de una nueva humanidad, que no queda reducida a los estrechos límites del judaísmo, sino que alcanza a todos los hombres.

Jesús al igual que a los discípulos nos dice a nosotros que seamos sal y luz para el mundo. Sal para dar sabor y conservar este maravilloso mensaje de la Palabra que nos llega cada día, de anunciar su mensaje con nuestra vida y con nuestras obras, y dando testimonio de nuestra fe. Y ser luz, no para unos pocos, sino para todo el mundo. No podemos esconder la luz que recibimos de Dios, sino ponerla en el candelero para que alumbre a todos y todos se beneficien de esa luz que es el Espíritu Santo, que obra en nosotros. Sin él no podemos nada.

Que como san Isidoro pongamos al servicio de los demás esa sabiduría, que recibimos de Dios. (La sabiduría de la cruz, misericordia y perdón).



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

San Isidoro

Obispo de Sevilla
Sevilla, 560 - Sevilla, 23-abril-636

El varón más docto de su tiempo. Hermano menor de San Leandro de Sevilla, a quien sucedería en la sede (600), Isidoro nació el año 560 en el seno de una familia romana de Cartagena (actualmente, en la Región de Murcia, España), ciudad entonces controlada por los bizantinos de Justiniano, que hubo de emigrar a Sevilla. Allí vio la luz y, con toda probabilidad, recibió la formación de su mismo hermano Leandro, a quien, junto con su hermana mayor Florentina, fue confiado por los padres, fallecidos cuando él era todavía un niño. Alcanzó en poco tiempo incomparable erudición y dominio completo de las tres lenguas entonces sagradas, a saber: el hebreo, el griego y el latín, así como de cuanta literatura, ya clásica, ya patristica, se había salvado hasta entonces. Isidoro es el último de cuatro hijos que llegaron a ser, andando el tiempo, o monjes o clérigos: su hermana Florentina fue monja de clausura, y sus hermanos Leandro y Fulgencio, obispos, respectivamente, de Sevilla y de Écija, en la Bética, la más romanizada de las provincias de España.

Una antigua y discutida tradición lo hace monje. Tal vez completase su formación en un monasterio, aunque sin llegar a ser monje, o quién sabe si a la sombra de su hermano Leandro en la escuela episcopal sevillana. Hay quien sostiene que, a los 30 años Isidoro habría asumido la dirección de aquel monasterio sevillano. Lo que de cierto sabemos es que, ya obispo, se entregó a un intenso trabajo pastoral dirigido al clero diocesano y, más tarde, gracias sin duda a la difusión que sus escritos alcanzaron, al de toda España. Hombre de Iglesia y a la vez de Estado, Isidoro de Sevilla disfrutó de un gobierno pastoral pacífico, y la estrecha relación con los reyes visigodos le permitió colaborar activamente con Sisebuto, Sisenando y Suintila en la estabilidad del reino.

Presidió el II Concilio de Sevilla (619) y fue asimismo presidente y animador del IV de Toledo (diciembre del año 633), básico en la renovación de la Iglesia hispana: sus actas son una suerte de carta ideal de la Iglesia visigoda y de sus relaciones con la monarquía. Dedicado al estudio y a la composición de numerosos escritos, amigo íntimo de San Braulio de Zaragoza, que siempre estuvo pronto a profesarle extraordinaria veneración, gozó de excelente salud mental hasta el fin de sus días. No así de la física, pues acabó casi paralítico. Isidoro de Sevilla, el más grande escritor de su tiempo, murió el 23 de abril del año 636, fecha tope de la patristica latina. Era entonces reconocido como el varón más docto del siglo, el restaurador de la vida eclesiástica de España, el organizador de más prestigio en todo el Occidente de su tiempo.

El VIII Concilio de Toledo (653) le rindió subidas alabanzas reconociendo públicamente su talla moral y cultural: egregio doctor de nuestro siglo, novísimo y doctísimo adorno de la Iglesia católica son, entre otras, algunas de esas perlas conciliares. El cristianismo lo venera como a Padre y Doctor de la Iglesia. Sus restos fueron trasladados el año 1063 a León, en cuya iglesia homónima recibe hoy culto. La Iglesia universal incluyó expresamente su nombre en la lista oficial de los padres doctores latinos el año 1722. Aún se conserva la inscripción rítmica del sepulcro común de Leandro, Florentina e Isidoro.

Pedro Langa O.S.A.